EL CADÁVER DE LA REALIDAD

Carlos Reyes G.

AUREA
EDICIONES

© El Cadáver de la Realidad
Cuentos + Cómic
Sello: Wanglen
Primera edición: Septiembre 2021

©Carlos Reyes González

Edición general: Martín Muñoz Kaiser
Corrección de Textos: Aldo Berríos
Ilustración de portada: José Canales
Ilustraciones Interiores: Rodrigo Elgueta
Diagramación: Matín Muñoz Kiaser
Carne.
Dibujos: José Huichamán
Rotulado: Felipe Benavides
Ínferos.
Dibujos: Olivier Balez
Rotulado: Felipe Benavides
Reflejos.
Dibujos: Rodrigo Elgueta
Rotulado: Miguel Ferrada

© Áurea Ediciones
www.facebook.com/aureaedicioneschile
@aureaediciones1
www.aureaediciones.cl
Errazuriz 1178 of #75, Valparaíso, Chile

ISBN: 978-956-6021-76-6
Regisro de propiedad intelectual:125539
Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente,
sin el previo permiso escrito del editor.
Todos los derechos reservados.

AUREA
EDICIONES

WANGLEN

Prefacio



Los siguientes relatos son una selección del libro *Fragmentos Terminales*, publicado en el año 2002 por el propio autor. Para la presente edición, los textos escogidos han sufrido algunas modificaciones.

Los tres cómics aquí publicados formaron parte del ciclo de nuevas historias del Siniestro Doctor Mortis, personaje creado por Juan Marino Cabello en 1945. Los episodios Carne e Ínferos fueron publicados en el libro *In Absentia Mortis* (2012) y Reflejos se publicó en el volumen *In Nomine Mortis* (2013), y en todos ellos se hace referencia a hechos que los vinculan entre sí y a su vez los relacionan con otras historietas del clásico, pero también del nuevo Mortis. Ambas antologías fueron editadas por Arcano IV bajo la dirección de Miguel Ferrada, a quien agradecemos (junto a los dibujantes José Huichamán, Olivier Balez y Rodrigo Elgueta) la posibilidad de volver a publicarlas en esta edición.

La Corona del Diablo

Estaba en llamas cuando me acosté (...) La gente que tiene camas con llamas se junta con gente que también tiene sus camas con llamas.

Charly García

Apareció en la historia de repente entre dos truenos.

Vicente Huidobro



Concordemos, para beneficio de la narración, que esta es la historia de una persona cualquiera.

Cuando despertó, su cuerpo ya estaba en llamas. No sintió miedo ni terror, sino asombro o quizás algo muy cercano a la incredulidad. Su cuerpo ardía en un fuego inmisericorde, pero que no hacía mella en su carne ni en la ropa de cama. Tardó varios minutos en acostumbrarse a mirar a través de las flamas. Era un mirar ora rojo, ora naranja. Su piel crepitaba.

Con agilidad se levantó de la cama y se restregó los ojos. El primer bostezo fue acompañado de una larga llama que brotó desde su boca y le provocó un inesperado ataque de risa. Recordó a Gregorio Samsa y no pudo evitar pensar en lo ridículo de la comparación.

Se dirigió al baño.

Desde cada punta de su largo y desgreñado cabello negro brotaba el fuego, que, a la manera de una corona iridiscente, le otorgaba una cualidad fantasmagórica. Se contempló en el espejo. Giró sobre su cuerpo para comprobar aquel reflejo imposible, y las formas y tonos que las llamas asumían sobre su carne desnuda. Recordó a un personaje de cómic que vestido con leotardos gritaba "¡llamas a mí!" cada vez que deseaba ser poseído por el fuego, para combatir al malvado de turno entre largas peroratas súper heroicas.

Ya seguro de que su nuevo estado flamígero no quemaba su cuerpo ni los objetos que tocaba, quedaba algo por probar.

Se dirigió a la ducha.

Corrió la cortina de plástico enmohecida por el uso. Tomó el esmirriado jabón y con el agudo chirrido de la llave de paso, el agua fue liberada.

No sintió miedo ni terror en ese instante. Le pareció lo más común del planeta que su cuerpo en llamas continuase ahí, como si nada. Volvió a sonreír. Era como si estuviese viéndose a través de la televisión, como si estuviese sucediéndole a otra persona. Apoyó la mano sobre la descascarada pared de la ducha mientras el fuego de su cuerpo se ponía en acción. La habitación se llenó de vapor. Era inútil continuar. Cortó el chorro de agua. Sus manos se apoderaron de la toalla para completar la fase de un rito ahora vacío. Entonces la vio arder entre sus manos. De pronto, y como saltando desde la nada, el horror se asentó en su trono y volvió a reinar. Caótico y demencial.

***

Cuando el niño vio en la calle a esa criatura encendida, su dicha fue total. Lo vio correr y saltar, lo vio hermoso y lleno de color. Lo miró a los ojos y conoció de cosas doradas, de enjambres de abejas fosforescentes y hormigas brillantes. Quiso correr a abrazarlo y decirle que quería ser su amigo. No

lo dejaron. Y lloró hasta que entre lágrimas vio como la aparición daba por terminada su tarea multicolor de jugar con las cosas que hay en la tierra, para luego desaparecer.

La criatura dejó tras de sí una estela de gusanos iridiscentes que juguetearon en el aire de la tarde, antes de caer esparcidos a los pies del bordado camino amarillo. Las lágrimas del pequeño no eran de pena —eso era lo que más le irritaba de los adultos que lo apretujaban sin entender—, eran de alegría.

Sabía que no olvidaría con facilidad. Que una epifanía no se olvida ni de aquí a mil años, ni de aquí al planeta Marte, ni de aquí a toda la galaxia, ni de este acá a ningún otro allí... Nunca.

***

Cuando la figura demoníaca se detuvo frente al templo, el sacerdote cayó de rodillas con un grito inhumano. Pudo ver que el fuego del horror era negro y sin reflejos, que las tinieblas podían ser luminosas. Mientras gritaba de espanto, el desdichado fue testigo de una danza obscena. Ahí donde el demonio tocaba, el infierno comparecía. Del rostro de la bestia brotaban flatulencias sulfurosas. Su hocico se abría y cerraba en espasmos repugnantes. El cuerpo serpentino era llamas.

Las lágrimas del sacerdote se secaron antes de caer por su mejilla. Sintió sus cejas, su barba y su carne presas del fuego. Anticipó su fin. Su fe mudó a una abstracción, a una sílaba enorme y hueca. En medio de convulsiones y con el rostro desfigurado por el dolor, no hubo tiempo para oraciones ni plegarias. Solo terror y vacío.

Antes de lanzarse a las llamas que destruían el templo, el sacerdote se entregó a una inmensa y fascinante nada, de esas que ni siquiera tienen cabida en el olvido.

***

Cuando el televisor se apagó en el instante decisivo de gol, el mundo era una mierda. Se levantó con dificultad para comprobar la falla y cuando escuchó los gritos y avanzó hasta la ventana de su departamento, tanto como su ancho cuerpo se lo permitió, el mundo dejó de tener sentido. La botella de cerveza resbaló de su rechoncha mano.

Un algo en perpetuo estado de combustión estaba ahí, a menos de tres metros de su ventana. Se movía y cambiaba, se movía y avanzaba.

El cuerpo llameante levantó la cabeza y lo encaró. Creyó atisbar una risa deforme envuelta en fuego. Una sentencia. El tiempo se liberó de su atadura de sesenta segundos por minuto y tomó su propio ritmo. El hombre sudoroso, quien alguna vez creyó que la pantalla de su televisor era el mundo, que reía entre dientes de las típicas burlas, que lloraba con el rostro hundido en la almohada de su ancha cama, el hijo de puta más grande y ancho, se

liberó del yugo de la razón. Su boca abierta sería, de ahí en más, propicia a las babas. Ese sería el lujo que tendría el derecho de darse de ahora en adelante. Por desgracia, este episodio sería algo que él jamás podría recordar.

***

Ella y su cámara iban a hacerlo. No era fácil capturar fragmentos de tiempo y espacio en el corto período de una obturación. No era fácil hacer que esos fragmentos dijesen cosas, menos ahora que el lente temblaba en sus manos. Menos ahora que el espacio era un blanco pozo de calor lleno de líneas confusas y mutables en ese cuerpo que exhibía la plasticidad de un gas. Estaba frente a la imagen de una deidad de dones calcinados, de manos como carbones milenarios, de pubis ardiente, de glúteos luminosos. El foco se negaba a mostrar aquello. Pero ella podría. Ella iba a lograrlo. Calculó el tiempo y la velocidad precisas y aguardó tras el visor el momento exacto.

Disparó una y otra vez al cuerpo fugaz, hiriéndolo con su mirada mecánica. El Apolo fulgurante se le acercaba con extraña cadencia. Un poema, sí, un poema. Una seductora pesadilla. Una belleza silente, un hablar desde las llamas.

La mujer detuvo los disparos y cuando los labios de la divinidad se abrieron para hablarle en llamas solo pudo llorar. Y aquella imagen cegadora fijaría su impronta para siempre en el fondo de su retina.

***

La figura de fuego avanzó días y meses. Y aunque se habló de numerosos grupos de personas que le seguían de cerca, a pesar de que se dijo que una multitud obsesionada sucumbía a la tentación de acercársele, se sabía que eran también muchas las víctimas que caían agotadas y enfermas, incapaces de mantener el frenético ritmo de la criatura que no se detenía jamás. El ser de fuego continuó su camino de flamas y silencio. Se mantuvo en marcha por meses y meses.

Un día —cuentan quienes lo presenciaron—, su fuego comenzó a mermar y la figura se detuvo hasta caer convertida en un puñado de cenizas. Nadie pudo saber con certeza si había olvidado su humanidad. Nadie pudo asegurar lo que se contaba acerca de que ya nada le hacía sentido, excepto ese deseo terrible de tocar el mundo en su fatídico abrazo. Tampoco nadie pudo precisar nunca si su caminar le pareció eterno y de si su soledad —como afirmaban muchos— no conoció periferia. Nadie pudo jamás aclarar si aquella conciencia, la misma de quien un día se levantó en llamas, había permanecido despierta hasta el fin o si había desaparecido antes de que el último rastro de polvo de ese cuerpo agotado fuese

barrido por el viento de aquella tarde definitiva.

A la mañana siguiente, y gracias al incomprensible mecanismo de un azar, acaso premeditado, volvió a repetirse el increíble fenómeno de combustión humana en un nuevo huésped que —como ahora sabemos, se volvería común— al despertar ya se encontraba envuelto en llamas. Lo único que se pudo atestiguar es que la sorpresa de esa nueva víctima solo fue equiparable a su felicidad.

Desde entonces se han venido sucediendo uno tras otro los casos que, en progresión geométrica, nos han asombrado hasta la fecha. Puedo confesar sin ambages que espero disfrutar yo mismo del próximo turno en este juego del que los sabios y poderosos desconocen la regla de selección y su razón última. Y es que no saben lo que nos pasa. Están demasiado ocupados en sus blancos laboratorios, pensando por nosotros.

Y es tan simple.

Sé lo que todas esas gentes sentían bajo el aparente y cómodo barniz de civilización que nos hemos inventado para vivir. Sé lo que buscaban en esa frenética carrera, mientras sus cuerpos, en mágica combustión, ardían por semanas antes de morir.

Ahora espero la llegada del prodigio en mi propia carne, mientras murmuro el mantra que lo hará inevitable para mí: *Piedad... piedad... piedad...*

Teratología

Yo no soy esta cosa que se consume poco a poco, me transformo en un ser nuevo y quiero ver cómo tiene lugar esta transformación en mí para poder admirarla.

The fly, David Cronenberg

Y todo el tiempo coexistiría en la esplendorosa totalidad de la eternidad.

From hell, Alan Moore



Antes yo era Víctor, pero ahora estoy en el presente.

Veo el laboratorio destruido. Todavía no sé que soy yo el que lo ha provocado, pero ya me daré cuenta. Salto hacia el pasado y tengo una nueva vista del lugar. Impecable, ordenado. Parpadeo y me veo teniendo una acalorada discusión con Arturo: "Las alteraciones van a ser peligrosas. Te arriesgas demasiado", me dice. "No eres un conejillo de indias. No voy a dejar que lo hagas". Ahora tengo miedo de su reacción, pero en cuarenta y cinco segundos más me mirará con incredulidad cuando le diga que ya lo he hecho. Más atrás en el pasado, estoy radiando por primera vez mis cromosomas, tratando de despertar el dormido material genético de mi propio cuerpo. Creo en las posibilidades del experimento, en lo que podemos aprender y en el dinero que lograremos conseguir con ese conocimiento.

En otro arco temporal, Arturo me grita cuando dejo caer la palabra *pedofilia*. Mucho tiempo después, me muevo con lentitud. Veo objetos difusos, masas de colores, manchones rojos desdibujados y espirales verdes y curvas. Ahora mismo me estoy ahogando. Estoy aterrorizado. Lo único que puedo hacer es golpear con desesperación. Rompo la cuba y salgo. Estoy loco y ciego y no sé qué es lo que me pasa. Golpeo el monitor y cuando cae al suelo, la pantalla estalla haciendo un ruido seco. El descubrimiento de lo que soy vendrá segundos más tarde.

En otro instante, floto sobre un mar denso y oscuro. El mar me mira. Me ofrece sus viscosidades.

Meses antes, respiro fuerte antes de repetir por tercera vez: "Arturo, ya he tomado la decisión y lo vamos a hacer", sigo hablando con voz alta y enérgica por largo rato. Arturo se pasea nervioso por la sala, está sudando, se mesa los cabellos. Patético. Le digo que ya lo he hecho y que necesito que me ayude con las próximas sesiones. Reacciona, está fuera de sí, amenaza con abandonar el experimento. Recurro a la última podrida carta que tengo y le hablo de sus relaciones demasiado íntimas con varios de sus alumnos y amigos menores de edad. No parezco un hijo de puta, lo soy. Me mira como si no hubiese entendido y cuando se lo repito con voz fría y estudiada, él detiene su nervioso deambular y lo veo desintegrarse ante mí.

Viajo más atrás y estoy modelando el espacio. Salto hacia adelante y ahora corto trozos de carne roja.

"Piénsalo, Víctor —me advierte Arturo—, lo que propones es una locura. Está fuera de nuestro control. Ni siquiera sabemos qué puede pasar". Mi furia excede el control y escupo mi rabia con duras palabras. En pocos minutos más chantajearé a Arturo para que me ayu-

de a terminar el experimento que ya he iniciado, irradiando mi propio cuerpo. Él me odiará con desconcierto.

En el pasado inmediato trabajo hasta tarde en el laboratorio. Hemos activado genes dormidos en varias especies. En muchos de los casos los animales ya no son lo que eran. Los primeros cambios físicos fueron lentos, más tarde se precipitaron. Algunos órganos mudaron de ubicación y se mantuvieron mutando siempre para cumplir nuevas funciones metabólicas. En otros casos los organismos cambiaron y se ajustaron en fracciones de segundo. "La carne está de revuelta", pensé. Algunos especímenes fueron arrastrados a otros niveles, hacia nuevas especies o subespecies con sus propios nuevos virus, bacterias y excrecencias. Otros mantuvieron cierta semejanza externa con lo que alguna vez fueron, pero dentro de ellos ya no había nada que conociéramos: ni sistemas nerviosos, ni órganos. Brotaron nuevos tejidos y en algunos casos, toda o parte de la estructura ósea desapareció por completo. Lo indecible de lo que yacía sobre nuestras mesas de disección estaba más allá de lo que alguna vez imaginamos. Si estas nuevas especies hubiesen podido sobrevivir, tendríamos el zoológico más aterrador que se haya visto jamás. Al ver aquellos trozos de carne palpitante y esos cuerpos anómalos, recordé el trabajo de Bacon.

En otro tiempo seguiré trabajando hasta que al fin descubriré, gracias a un simple giro en la forma de ver el problema, el error en el que hemos incurrido. El pensamiento lateral es una maravilla. Me abandono en el instante en que estoy a punto de descubrir lo que me llevará a probar una pequeñísima fracción de radiación en mí mismo.

Floto en el agua de la cuba de inmersión. Decenas de cables y agujas entran y salen de mí. Varios computadores monitorean cada una de las reacciones de mi organismo para evitar cualquier eventualidad peligrosa. Hace siglos que ya no siento mi cuerpo.

Antes o después, abro los ojos a la nada y veo el fantástico abismo en el que estoy. La luz está allá arriba o abajo, no lo sé. No tengo puntos de referencia. Estoy asustado, pero ya vendrá el momento en que tomaré conciencia de lo que soy capaz y sé que lo habré logrado.

Nazco y abro la boca. Parece que estoy gritando y por fin logro que el aire inunde mi interior. Tengo miedo. Estoy solo. La cuba de inmersión se rompe en mil pedazos con un horrible estruendo de cristales fracturados. El agua se esparce inundando el espacio. He tomado los objetos y los he lanzado metros más allá. Tengo hambre.

La puerta se abre.

Es de noche. Hace ya muchos días, en el pasado, el cursor titila sobre la

página virtual y escribo: "La droga y la radiación actuarán sobre mis genes provocándome acelerados cambios psíquicos y fisicoquímicos. Mi cuerpo hará conscientes recuerdos primigenios. Se activará mi memoria biológica, dormida desde hace millones de años. Seré el primer arqueobiólogo de la historia. Mi cuerpo sufrirá mutaciones genéticas latentes aún no manifiestas en nuestra especie, acelerando el salto evolutivo. Debo estar atento a cada cambio perceptual y a las primeras visiones que tenga, y que con seguridad serán imágenes alucinatorias y recuerdos...". Dejo de escribir. Me contemplo desde fuera de mí. Nunca imaginé que podría verme tan agotado. Me veo encender un cigarro.

Nuevo salto temporal.

—¿Víctor? ¿Víctor?

—...

—¿Puedes escucharme? Si puedes, abre y cierra los ojos.

—...

—Eso, así está bien.

—...

—Víctor, ¿me oyes? La respuesta de tu cuerpo dentro de la cuba de inmersión es óptima. Hasta ahora está bajo control. En estos momentos debes estar sintiendo la supresión total de tus sentidos.

—...

—En cualquier momento sobrevendrá la inconsciencia total. ¡Muchachos! Salgan un rato y traten de descansar, lo necesitan.

—...

—No se preocupen. Yo me encargo, no tarden. ¿Qué podría pasarle que yo no pudiera controlar?

—...

—¿No era en serio eso que dijiste de mí y de mis... amigos. ¿No es cierto?

—...

—Estás tan indefenso ahí. No fue difícil. Los aumentos de radiación siempre son una amenaza latente en estos casos. Lo vimos suceder tantas veces en los especímenes anteriores y aunque mejoramos el sistema nadie puede saber lo que ocurrirá. Se hablará del absurdo desperdicio de una vida humana. Una verdadera lástima, tratándose de un hombre tan joven y brillante como tú. Pero el experimento era peligroso. Yo te lo advertí y ellos lo escucharon. ¿Lo recuerdas?

Lo último que veo es el rostro de Arturo, congestionado por un miedo travestido en risilla nerviosa. Mucho antes lo estoy chantajeando. En el futuro destrozo el laboratorio y en otro momento del pasado él me tiene en sus manos y me dice que quizás no regrese con vida. En un instante anterior, Arturo no puede creer lo que le digo. Está boquiabierto cuando menciono a sus amigos íntimos. Ahora me sumerjo en el agua, luego grito.

Despierto y estoy en el centro. La rueda gira y el mecanismo se ajusta con la exactitud de una membrana elástica. Recuerdo que ahora es el momento de lucidez en que entiendo con claridad. Puedo verlo, todo está conectado. He visto un techo enorme. No, no es un techo. Es un arco inmenso. Me muevo y debo alejarme cada vez más si quiero verlo completo. Ya no puedo seguir retrocediendo. Tengo miedo de no poder regresar, pero ahora sí logro apreciar algo de la estructura, aunque sigo sin ver una gran parte de ella. Es una gigantesca rueda. Veo los radios de esa gran rueda. Contemplo el espacio ciclópeo entre las fisuras y cada vez que miro, veo —en medio de un calidoscopio que contiene el mundo— algo diferente. Noto que siempre que fijo mi atención en un punto cualquiera resulto ser yo. Ahora soy un niño jugando en un parque, luego estoy siendo golpeado por mi padre y siento el odio que recorre mi espina dorsal. Nazco entre sangre y materia fecal y tengo hambre. Estoy leyendo en la biblioteca de la universidad. Salgo de la ducha, ahora disfruto en el cine de una vieja película en blanco y negro. El gigantesco arco se mueve con precisión infinitesimal. Es mi primer beso y estoy temblando, no puedo evitar tener una erección. Veo a Bacon. Veo cuerpos imposibles. Discutimos con Sara y ella me abandona. Salgo del cine en medio de una espesa niebla. Mi madre muere en un suspiro. Tengo veintiocho años y subo al auto. Me lavo los dientes. Estoy llorando de la risa. Me fascino con mi primer juguete. Corro para esconderme de la lluvia. Estoy graduándome. Lloro. A los doce años tengo fiebre y me imagino que la cama se mueve tratando de hacerme caer. A los quince compro mi primer cigarro. Subo al auto. Camino junto al mar. Me caigo de la bicicleta, la herida pronto se infectará y la fiebre me hará creer que la cama quiere deshacerse de mí. Mi madre me sonríe. Arturo calla. La gran rueda es totalidad. Soy simultáneo.

El tipo de la derecha sonríe y gesticula mientras habla y habla, entusiasta sobre lo revolucionario del proyecto de "Memoria biológica" que le hemos presentado, y proyecta los alcances económicos del logro de la investigación. El resto de la mesa del comité lo escucha con respetuoso silencio. Antes de que termine su largo y adornado discurso tengo la absoluta certeza de que hemos obtenido el presupuesto.

Miro a Arturo y sé que mañana discutiremos y que cuando lo chantajeo, él está ahora inyectándome, mientras el importante tipo de la derecha aprobará la operación cuando la rabia llega, revuelvo el laboratorio y me agitaré en la cuba de inmersión, cuando corto y tenga que abrir las lonchas, estoy ahogándome.

—¿Cuánto tiempo lleva así? —grita Arturo.

Veo que está asustado. Sabe que es su culpa. A veces pienso que no tiene pasta de asesino. ¿Está arrepentido? ¿La culpa lo corroe, o tan solo es un excelente actor? No lo sé. Es débil. Después que mi padre me deja en el suelo, sangro y sé que lo odio. Ahora estoy cortando trozos de carne roja. Son húmedos y frescos.

Luces giran. Vacío sin forma. Me siento lanzado a toda velocidad a miles de kilómetros y de pronto soy detenido en seco. Puedo sentir cómo mis órganos internos se licuan. Ya no tengo ojos y sin embargo, de algún modo que no puedo explicar, aún veo. Las luces cambian de color. Me muevo a velocidades inimaginables. No sé si giro o me devuelvo o si subo o caigo en el limo primordial. Estados aterradores o paradisíacos, no hay diferencia. Cielo o infierno son solo palabras para expresar diferentes matices de lo mismo. Abajo, en un vasto mar de protoplasma negro se agitan millones de formas innombrables, en abrazos obscenos. Veo cosas gigantescas y repugnantes agitarse voluptuosas más allá del tiempo y el espacio. Cosas indescriptibles, ante cuya visión solo podría vomitar... si tuviera estómago, o boca. Certeza: Esas cosas somos nosotros en un futuro abisal. Dolor pulsátil. Tinieblas de luz negra. Vislumbro seres de los que, por fortuna, solo veo fragmentos, sombras sin detalle, pero que son suficientes para desmantelar la razón. Vuelvo a ser agitado en la nada como si fuera un títere. Son fuerzas titánicas las que me lanzan hacia delante y atrás. Hacia arriba y abajo.

Estado oval. Hace siglos sentí diluirse los límites de mi cuerpo. Ojos, miles de ojos nictálopes me miran desde la oscuridad líquida. Hace miles de años que perdí mi cola de anfibio. Ahora soy un núcleo rodeado de tibia oscuridad sin tiempo. Siento moverse algo que ya no soy yo. Me toma casi dos siglos más entender que ellos son también yo, es decir, nosotros. Somos piel, sangre, esperma, óvulo. Me separo en miles y soy uno por siglos y siglos. Y espero...

Despierto y me falta aire. Abro la boca. No puedo respirar y me ahogo. Lo que no sé es que ahora voy a vomitar y que al saltar fuera del cubo de inmersión volveré a respirar, y solo entonces tendré conciencia de lo que sucede y sabré qué soy. Estoy reptando y mis sentidos perciben nuevos espectros de luz. Puedo escuchar en sincronía con mis latidos, el pulsar de aquellos seres que esperan en el magma original. Proteicos, hambrientos, viscosos.

Veo los radios de la gran rueda antes y después de que los veo, veré o los haya visto. Me veo viéndome que veo. Lo que sucede ya pasó y lo que sucedió está acaeciendo en un futuro pretérito.

La puerta se abre y sigo mis instintos.

Mi padre me golpea y mamá balbucea mi nombre desde su lecho de muerte. Acabo de descubrir lo que me llevará a probar el experimento en mí mismo.

Arturo se desploma en el asiento con la cabeza entre las manos. Me inyectan y me sumerjo en el agua. Arturo cobra su venganza contra mí aumentando la radiación. Me ahogo. Veo rostros deformes que han perdido su rigidez y se mueven y cambian como si fueran carne líquida. Tengo alucinaciones y me alimento de trozos de carne mientras estrecho la mano del sonriente señor de la derecha, que ha decidido invertir en nuestro proyecto de investigación. Veo a mi padre que me golpea. Estaré semidormido cuando descubra la clave del experimento y me decida a experimentar en mí. Me sumerjo en el tanque. Arturo sonríe. Estoy ahogándome y leo algo indescifrable en sus ojos. Me confiesa su plan para asesinarme. Los animales resultantes de nuestros experimentos son carne grosera, cuerpos degradados. Vomito el almuerzo. Veo la gran rueda bañada en luz negra. En el laboratorio discutimos sobre lo que los trastornos y mutaciones han hecho a las plantas y animales. Han desarrollado nuevos órganos, cuyas funciones apenas si podemos especular. Los nuevos organismos se han liberado tras romper la cáscara del material reprimido. Ahora que he cambiado, soy capaz de ver el tiempo y moverme en su flujo. Los fotones me hablan. Me muevo en caminos de tiempo y luz y soy capaz de ver a través de los arcos de la rueda que comienza a girar cada vez más rápido. Los relieves de los objetos vibran y percibo arcos temporales fluorescentes que rebotan en movimientos discordantes. El tiempo grita y forma cadenas polifásicas y yo soy capaz de verlas y de ser todas ellas.

Arturo abre la puerta y lo primero que ve con asombro es el laboratorio destruido, pero luego, cuando se fija en mí, apenas puede ahogar un grito de horror y bilis que termina en un sonoro gorgotear de sangre. Su cuerpo se agita como un títere de carne. Chorros de sangre que salen de su garganta abierta manchan el piso metros más allá, gracias al bombear de su desfalleciente corazón que arranco de una dentellada. Segundos antes Arturo abre la puerta, antes de que coma la carne de sus muslos, que resulta ser la mejor.

Mi memoria primigenia se activa y veo tiempo, soy tiempo y comeré lonchas sanguinolentas de mi colega en el piso.

Corto y abro rojo. Lejanos escucho sus gritos. Son los de un poseso. Jamás oí un alarido semejante. Succiono los fluidos del cuerpo abierto de Arturo, aún vivo. Devoro sus trozos de carne

húmeda con nuevos órganos. Mis mejorados sentidos son capaces de disfrutar de él como jamás antes habría podido hacerlo.

Al mismo tiempo, en el pasado, mientras siento cómo me reconstruyo siguiendo las pautas de mis propios recuerdos genéticos, la membrana se agita. La rueda se mueve. Los radios de cada arco giran y giran, cada vez más rápido, hasta superponerse unos a otros y entonces, al fin, solo un blanco ilumina el espacio y crece hasta llenar por completo mi campo visual. Al fin entiendo que aquello que hiere mi retina en uterino brillo no es sino el blanco del ojo del dios, devolviendo la mirada a su unigénito, que con fruición devora en el presente su primer alimento: los irregulares trozos de húmeda carne.

Persistencia Retiniana

Habitamos como unos fantasmas, o unos figurantes, un mundo que solo puede repetir el efecto de su mecanismo.

Jean Baudrillard


RODRIGO
ELGUETA

El lento desplazamiento de la mirada nos permite identificar en la escena, que se abre en un suave fundido desde negro, una hoja de papel en la que alguien ha escrito con letra irregular e ilegible. Vemos ahora a dos personajes cuyos gestos y palabras son tan insignificantes que están destinados a borrarse de la memoria. Sus rostros son tan comunes, que bien podría afirmarse —sin temor a equívoco— que resultan poco recordables. Uno de ellos tose y se restriega los ojos. El otro con la punta de los dedos toma una copa y se la lleva a los labios, como si le desagradara tener que tocarla. Esta primera escena se desarrolla con rapidez. La naturalidad es tan evidente que no es difícil imaginar la gran cantidad de horas de ensayo que se necesitaron para lograr tanta soltura.

Estamos ahora en el largo pasillo de un hotel. No se ven ventanas al exterior. Percibimos extraños sonidos que, intuimos, parecen brotar desde detrás de las paredes, decoradas con un macilento y descascarado papel estampado con algunas oscuras figuras geométricas. Casi podemos oler la humedad, que atravesando los muros ha descompuesto el pegamento del papel provocando que se despegue en amplias zonas del pasillo. Una joven delgada, cuyo vestido negro está desgarrado en su parte superior, sale de una de las habitaciones seguida por un hombre sucio y desgarbado que ríe a carcajadas. El hombre la alcanza y ella lo golpea, haciéndolo trastabillar y caer. Casi sin darnos cuenta la mujer saca un arma con la que apunta al hombre de aspecto viscoso. “Lo mejor es disparar al cerebro”, dice, al tiempo que suena un disparo seco. El rostro de la mujer es salpicado de sangre. La bala ha atravesado el cráneo del hombre, cuyos sesos dibujan una mancha semejante a la de un escarabajo con grandes alas y tenazas, en el raído papel mural de la pared del que brota ahora un líquido denso y lechoso.

Corte seco.

Los minutos transcurren y los personajes se limitan a repetir, con la perfección de una máquina, los mismos gestos una y otra vez, sin intercambiar palabra. Somos testigos recurrentes de la escena de la joven delgada, cuyo vestido negro aparece desgarrado en su parte superior y que sale corriendo de una de las habitaciones, seguida por un hombre sucio y desgarbado que ríe a carcajadas. Cuando el hombre la alcanza, la golpea haciéndola caer. La joven amartilla un revólver con la que apunta al hombre de aspecto viscoso. “Lo mejor es disparar al cerebro”, dice mientras aprieta el gatillo. La sangre salpica el rostro de la joven. Los sesos del hombre dibujan un macabro test de Rorschach en la pared. La mancha evoca la forma de un ángel de grandes

Carne

Dibujos: José Huichamán
Rotulado: Felipe Benavides


RODRIGO
ELGUETA
2021


LABORATORIOS DEL CIEH, LONDRES. DICIEMBRE, 2007.
MALDITO...
...MONSTRUO...
KARLSBAD, NOVIEMBRE, 2007.
HACE MÁS DE SESENTA AÑOS, EN ESTA CASA, MI ABUELO Y SU AMIGO LO ATRAPARON POR PRIMERA VEZ.
ES VITAL QUE USEMOS ESTOS TRAJES PROTECTORES DURANTE LA MISIÓN. NO SABEMOS CUÁNTO DE ÉL SE ENCUENTRA AÚN AQUÍ.
PROFESOR BRUCHER, NO ENTIENDO TANTAS PRECAUCIONES SI ESO SE ENCUENTRA CONFINADO EN LA ISLA DEL SEPULCRO.
PESE A SU ENCIERRO ESO SIGUE SIENDO PELIGROSO.
ME CORRESPONDE AHORA A MÍ DESCIFRAR EL MISTERIO DE ESO QUE SE HA DADO EN LLAMAR A SÍ MISMO MORTIS, Y BUSCAR SU DESTRUCCIÓN.
¡EL LABORATORIO!


ESTE ES EL LUGAR DONDE MI ABUELO KARL BRUCHER Y EL DOCTOR SHANNON CAPTURARON AL MONSTRUO.
AQUÍ SHANNON DEGOLLÓ A UN INFELIZ BORRACHO DEL PUEBLO Y CON SU SANGRE DERRAMADA EN EL ATAÚD DE MARFIL...
...LOGRÓ ATRAER A LA BESTIA...
...Y ACORRARLA.
LO QUE VIO AQUELLA NOCHE, LO CAMBIÓ PARA SIEMPRE.
EN AUSENCIA DE MI ABUELO, SHANNON USÓ EL EXPLORADOR MENTAL PARA DESCIFRAR EL MISTERIO DE MORTIS.
LO INDECIBLE QUE SE REFLEJÓ EN LAS PANTALLAS DEL EXPLORADOR ACABÓ CON SU VIDA.
MI ABUELO JAMÁS SE ATREVIÓ A VOLVER... NO LO CULPO.

Índice

La Corona del Diablo	8
Teratología	14
Persistencia Retiniana	23
Vértigo	33
Guerra artificial	47
La Palabra	59
Carne	66
Ínferos	76
Reflejos	86